

ricano sobrevino y el predominio tenía que decidirse por parte del más activo, del más fuerte, del que contase con mayores recursos para arrollar los obstáculos que saliesen al paso. No es la fuerza física la que decide del triunfo en la conquista cuando los pueblos se amalgaman; la historia romana es fecunda en enseñanzas que prueban esta tesis: es el vigor de la civilización lo que da la preponderancia. Una sociedad bien organizada, fuerte por lo numerosa y lo estable; como el antiguo imperio mexicano, no se podía borrar del catálogo de los pueblos, no se podía luchar por su desaparición sin que quedasen vestigios suyos. La fusión de las civilizaciones española y mexicana fué de tal trascendencia, que señaló desde entonces los destinos de México.

Los conquistadores, amparados por los gobiernos, han presentado siempre los mismos caracteres; el prestigio de la dominación los llena de arrogancia y tienen todos los sentimientos que inspira el poder absoluto, faltándoles de consiguiente el de la *responsabilidad*. El gobierno español, de buena fe y por mil medios trató de evitar los abusos en sus colonias, pero todas sus tentativas fueron infructuosas. Al hallar en México el conquistador español una población numerosa y de secular arraigo, pudo someterla, como de hecho la sometió, protegerla ó tiranizarla, envilecerla ó ilustrarla en el sentido europeo, pero jamás exterminarla ó desalojarla. La nacionalidad de los antiguos mexicanos fué herida de muerte por la mano férrea del dominador, pues que éste destruyó su gobierno, persiguió su religión, abolió sus leyes y el inanimado cuerpo del inerte imperio azteca cayó inerte, inamovible y en estado de descomposición moral é intelectual por la pérdida de sus elementos vitales. La nueva nacionalidad, el nuevo organismo social, fundado sobre las ruinas del antiguo imperio, se halló obstruido y al principio pareció asfixiarse en medio del tumulto y del desorden que engendran los nuevos elementos del nuevo régimen y los viejos del antiguo, postergados y caídos. La tarea de organizar en aquellos comienzos del segundo período histórico de México, exigía hombres superiores, verdaderos maestros en el arte de gobernar.

Desde el día en que con llave de oro cerró para siempre la monarquía azteca el inmortal Cuauhtemoc, y que los españoles pisaron cual dueños la ciudad asentada en el fondo del gran Valle, surgieron las grandes dificultades para reorganizar al pueblo conquistado y no dejarlo que muriese entre sus propias ruinas y para amalgamar, con las instituciones de los aztecas y sus costumbres, las de los dominadores. Desde esa época, el progreso de México y su porvenir están íntimamente ligados con la suerte de la población indígena de México; ella ha sido y será mientras exista y mientras exista México con vida propia, la masa principal de la población (no por el número, sino considerada como fuerza social), determinante del movimiento en la nacionalidad mexicana. Prescindir de ella, equivaldría á despreñar elementos importantes de un todo, y por lo mismo debe apreciarse siempre en cuanto proyectó de regeneración de la sociedad de México se forje.

La fusión de los españoles con los antiguos mexicanos, obra de la necesidad ó de un plan preconcebido, no se efectuó sino parcialmente, como debía esperarse dada la relativa abundancia del pueblo conquistador y la relativa escasez del conquistado. España tuvo numerosas colonias al mismo tiempo que la de México, y como en grandes extensiones del país no hubo conquista propiamente dicha, sino posesión nominal de la comarca, como todavía nos sucede con vastos territorios de la República en donde ni la autoridad de nuestro gobierno ni la influencia de nuestra civilización se hacen sentir, la incorporación de los aborígenes á la civilización española se

verificó únicamente en parte, también por este último motivo. De la fusión del elemento ibero con el maya, zapoteca, azteca, etc., salieron los mestizos, que forman el elemento ó clase ilustrada del país, en cuyas manos ha recaído siempre la dirección de la sociedad mexicana en el orden moral, intelectual y material.

Es utópico suponer que un país cualquiera, abierto durante siglos á las relaciones internacionales, pueda vanagloriarse de precisar la pureza de sus elementos étnicos. La denominación de «pueblos latinos» no tiene otro significado que el de hablar esos mismos pueblos lenguas que derivan del idioma latino. La mezcla de diferentes elementos étnicos en un pueblo es un hecho común, y fusiones sucesivas convierten en absurda la aseveración de pureza en la sangre.

Los conquistadores españoles clasificaban á los mexicanos por *castas*, para hacerlos indignos de los puestos públicos. Para dar una idea de cómo se mezclaron en la época colonial unos pobladores con otros, damos á conocer algunas de las *castas* que reconocían los españoles, según las constancias de los antiguos libros parroquiales. El hijo habido de español con india se llamaba *mestizo*; el de español con mestiza, *castizo*; el de español con castiza, *criollo*; el de español con negra, *mulato*; el de indio y mulato, *zambo*.

Es preciso advertir que la fusión parcial de españoles y antiguos mexicanos no fué completa en el sentido fisiológico de la palabra, pues sólo el elemento masculino español entró en la fusión, dándose como muy raros los casos de cruzamiento entre aborigene y española.

Hemos dicho que no fué total la amalgama del pueblo conquistador con el pueblo conquistado; la parte de éste último que no entró en la incorporación, es la cepa del elemento indígena actual. Sus condiciones especiales de la conquista acá es preciso estudiarlas, por estar relacionadas con la prosperidad general de la nación.

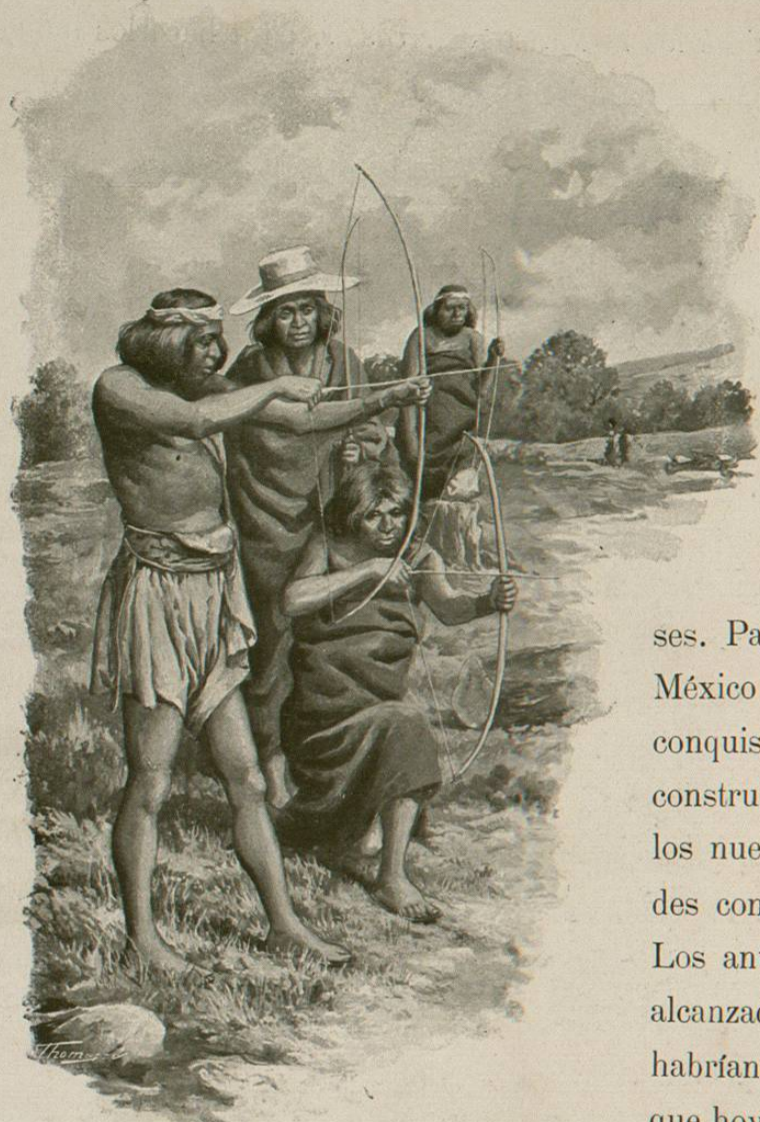
Los conquistadores españoles, ni bastante numerosos para asimilarse francamente á todos los antiguos mexicanos sojuzgados, elevándolos hasta ellos y civilizándolos, ni bastante crueles para destruir á los que no pudieron asimilarse, aniquilaron á éstos moralmente. Este aniquilamiento fué más sensible é intenso en las comarcas del país que ocuparon primero los dominadores y no se extendió á los sitios alejados de la ciudad de México; de suerte que la circunstancia de no dominar el conquistador en muchos Estados lejanos, produjo la diferencia de condición social que se observa hasta la fecha en los indígenas. Los que moran rodeando á las viejas ciudades son los más degradados y envilecidos, y los que habitan en lugares desiertos y retirados de los centros populosos, presentan caracteres opuestos y dan inequívocas pruebas de la conciencia de su propia dignidad.



India del Estado de México

La tenebrosa senda en que metió á España la suspicaz política de Felipe II, mezcla terrible de fanatismo religioso y de celo de autoridad, de inquisición y de absoluto dominio, marcó su influjo en las colonias españolas, aunque quizás menos que en la madre patria.

Como medio eficazísimo para conjurar todo peligro de emancipación, se ocurrió el de conservar por siempre á los indígenas en la condición de menores y se les abandonó á la perpetua tutela de un clero que, sin duda alguna, estuvo animado de los más caritativos sentimientos por los tutoreados, pero que, demasiado fanatizado, no pensó nunca en sacar de ellos miembros útiles de las sociedades que se mueven en la tierra. Sería injusto culpar única-



Indios tarahumares

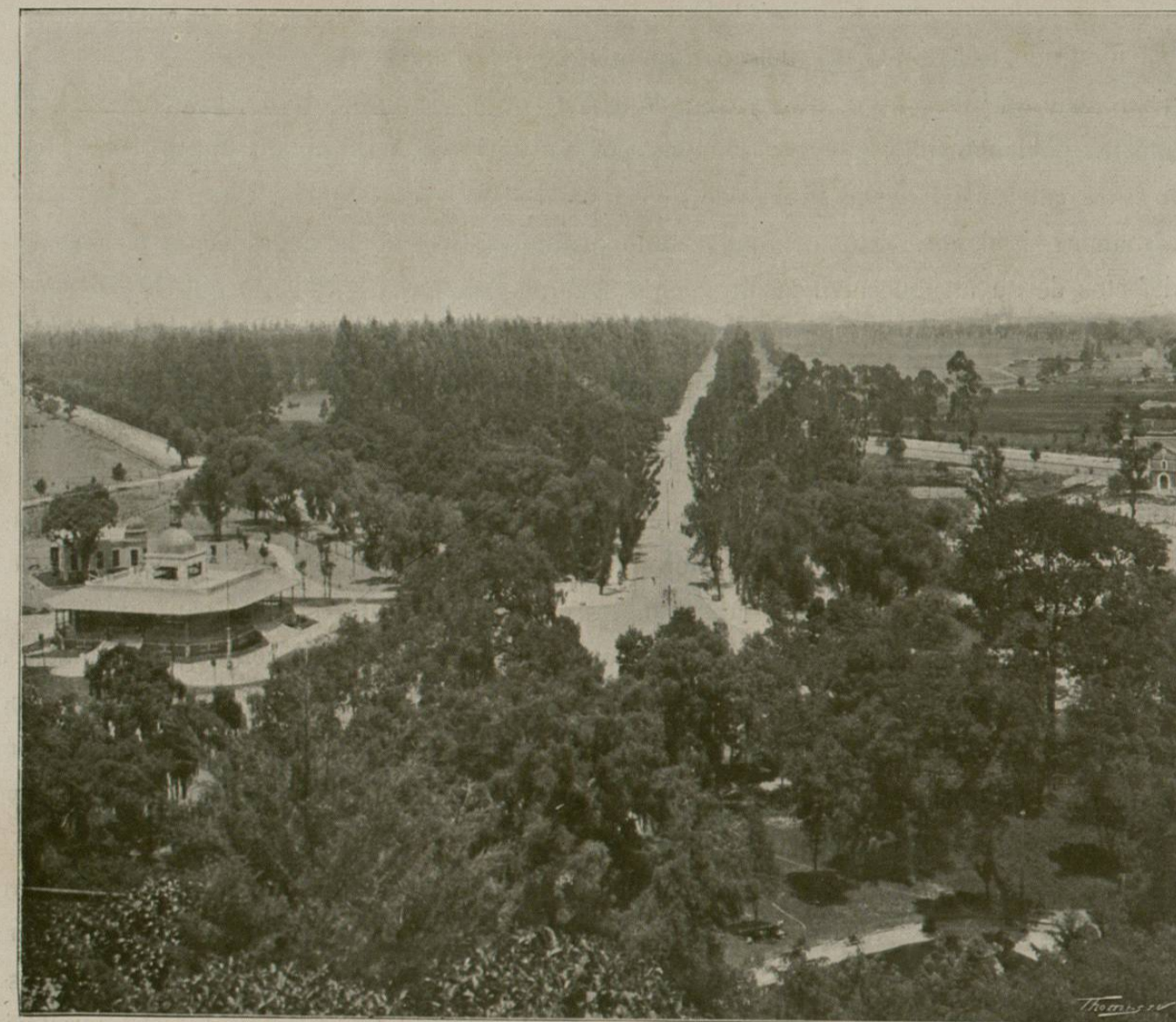
mente á los españoles por el estado que hoy guardan los indígenas, consecuencia forzosa de su estado durante el virreinato, pues para juzgar científicamente la conducta de los conquistadores, preciso es remontar á la época, vivir con sus ideas, sentir sus necesidades y alentar sus aspiraciones. Entonces como hoy, y ha habido un gran cambio en el modo de ser político, los gobiernos escogen como buenos todos los medios que garantizan sus intereses. Partiendo del hecho de que la conquista de México era un fenómeno realizado, cualquier conquistador habría tenido que luchar, para reconstruir la nueva nacionalidad con los viejos y los nuevos elementos, con las mismas dificultades con que lucharon los vencedores españoles. Los antiguos mexicanos, que por sí solos habían alcanzado un grado superior de civilización y que habrían llegado á un grado de cultura distinto del que hoy tienen los indígenas, si su marcha ascendente no hubiese sido interrumpida por la conquista, fueron obstruídos en su evolución por la

presencia del conquistador, y en el conflicto de las dos civilizaciones el resultado fué el anadamiento y retroceso de la civilización azteca y del pueblo que la elaboraba. Los españoles no hicieron todo lo que pudieron haber hecho en beneficio de los vencidos, y de allí el genio pacífico y benévolo de los indígenas y los hábitos de obediencia y retrainimiento que hasta hoy se observan en ellos.

La educación de los indígenas, confiada al clero, estuvo siempre en perfecta armonía con el modo de ser de los educadores y con el punto de vista en que estaban colocados. Un educador que ve en el trabajo el efecto de la maldición divina y que desprecia, por tanto, lo que se refiere á este bajo mundo, para no ver sino la vida de ultratumba, es natural y lógico que se preocupe ante todo por la salvación de las almas; curas de almas verdaderos fueron los educadores de los antiguos mexicanos. Esto nada de extraño tiene; lo extraño, lo sorprendente

es que se hayan querido ver otros resultados, y la lección debía aprovecharse para dirigir la educación en el sentido de obtener ciudadanos útiles en la tierra y no almas felices en el cielo.

Los mexicanos conquistados, sin dejar de ver con desconfianza á sus opresores y sin educación é instrucción fuera de la religiosa, y más que religiosos, fanatizados, trocaron su odio activo de los primeros años en desconfianza pasiva, que hasta el día conservan, y reducidos á la triste condición de animales de trabajo, fueron perdiendo progresivamente con la esperanza de su redención la conciencia de su dignidad, hasta caer en la triste y casi punible



Vista parcial del valle de México, tomada de Chapultepec

indiferencia en que los vemos, á pesar de los esfuerzos, en verdad no muy numerosos ni atinados, que la República ha puesto en juego para redimirlos. Desde la conquista hasta nuestros días no han faltado representantes de los indígenas que se han distinguido por sus talentos y por su sacrificio á la patria, y que han probado de lo que son capaces sus congéneres cuando se les rodea de favorables condiciones.

Los elementos aborígene y español, que no se amalgamaron, se desarrollaron divergentemente, y la diferencia de condiciones entre unos y otros creó una barrera de tal manera infranqueable, que hoy vemos mantener en los cultos de México el más notable antagonismo entre ellos y la población indígena.

Si se hubiesen incorporado plenamente conquistados y conquistadores, la fusión habría